



Dos diarios del confinamiento: De la jardinería a la pornografía

David Lara Ramos

Escritor y periodista

Profesor de la Universidad de Cartagena

Presentamos apenas dos muestras del Diario del confinamiento, de cien que el escritor barranquillero David Lara Ramos escribió en la pandemia de Covid-19, entre el 25 de marzo y el 3 de julio del 2020. Puede decirse que su diario descubre de otra manera el mundo que habita rutinariamente: el patio de su casa en la ciudad de Cartagena, desde el cual ejerce el oficio de escribir limítrofe con el de la jardinería, que a su vez le permite el retorno a su infancia, a su juventud y a la vida de los otros: su esposa, sus hijos, sus familiares y amigos cercanos, todo avivado no solo por la intimidad del diario, sino también por los juegos de la imaginación, los viajes de la memoria, la ironía y la crítica sobre algunos asuntos de nuestra realidad. Ramos es docente de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de Cartagena y como escritor y periodista colabora permanentemente para varios diarios de su región y del país, como El heraldo, revista Semana y El Tiempo.

Confinamiento: 13 de junio de 2020

Es sábado. La mañana está atrasada. Todo se ha ido aclarando sin que haya salido el sol. Esos días en que uno cree que son las seis y media de la mañana, pero en realidad son las ocho. Uno pregunta ¿Qué hora es? Y te responden: “Son las ocho y doce”, pero no lo crees. Necesitas verificar por tus propios medios. Gritas ¿Cómo así que las ocho y doce? Estás confundido, pero esa es la hora, no hay otra. Te das cuenta que todo resulta innecesario. En definitiva, llegar al sitio más lejos, la cocina, te toma unos cuantos segundos, llegar de la cocina al rincón más alejado del patio, otros tantos. Las distancias se acortan y los tiempos aparentan generosidad. Es un buen día para hacer jardinería.

Reviso como van dos tallos de cayena que sembré hace dos semanas y veo los cogollitos. Los cogollitos son como hojas que vienen dentro del tallo. Es una maravilla, ver crecer los tronquitos de cayena, porque así pase el tiempo, tú que lo sembraste, siempre vas a saber cuál fue el tronquito que tenía, desde el mismo día que lo pusiste en la tierra, un gran palo de cayena que va a ir saliendo desde dentro de ese tronquito. Esos tallitos, que Mayi decía, voy a poner a “prender”, se han prendido. Echan hojas, y luego flores, como las flores de cayena que han vuelto a florecer en el patio, “flor de un día, le dicen también”.

Prender es un verbo que encarna una pasión, los tronquitos de cayena se han pegado a la tierra, han comenzado a prenderse de la tierra, han comenzado a echar raíz. Ese pequeño tallo se va robusteciendo y haciéndose cada vez más fuerte, pero no lo perdemos de vista, sabemos exactamente qué inició esa planta que crece y echa más hojas todos los días.

Hay una palabra que me encanta de la jardinería. Desbrozar, que viene de broza. Desbrozar es quitar la broza. Esas hojitas secas que se van muriendo pegadas al tallo, pero no se caen, esas baritas que se mueren pegadas al tallo, pero nunca se caen, así sucede con el palo de guayaba agria, echa baritas y baritas, pero hay que contárselas. Después de desbrozar, la planta reluce, se ve más radiante. A lo mejor que no haya salido el

sol, que sea un día propicio para desbrozar, nos lleve a pensar cuánta broza debemos retirar en estos momentos de confinamiento para que todo reluzca. Estamos desbrozando el mundo.

Hay plantas en el patio que no se prenden con sus tallos. Hay que sembrar sus semillas. Ahora crecen las de limón, las de mandarina, que pronto habrá que trasplantar, llevarlas a la región de Karibona, para que crezcan libres, sin empoteramientos que limiten su desarrollo. “Empoterar” es un verbo fuerte. Hace día escribí aquí que la ciudad de Cartagena es acrítica, a pesar de ser una ciudad que está crítica, y que nadie critica. Hoy diré que Cartagena es una ciudad “empoterada”, por unos dirigentes “empoteradores”. Son calificativos que le van mejor, más reales, nada de eufemismos como La fantástica, esa culpa es de Carlos Vives. Es una ciudad fantásticamente empoterada.

En estos días, dejé caer dos semillas de ahuyama en la jardinera del patio de los nueve metros. Ha crecido, se prendió. Ha comenzado a invadir el patio. Lucía dice que se ve hermoso, ese verdor, esas hojas enormes, ese tallo flexible que se va envolviendo por todos lados, los más afectadas son dos coralitos. La ahuyama los ha cubierto con sus hojas, con su enredadera ha rodeado sus tallos. La ahuyama es como una serpiente llena de hojas que va constriñendo, aferrándose a todo lo posible. Es como una ahuyama constrictor.

Santino cuya imaginación es ilimitada, la pone a volar de manera aterradora, ha dicho que es posible que en la noche el tallo movedizo de la ahuyama se meta por las hendidias de las puertas y llegue a cada uno de nuestros cuartos y nos asfixie como le hicieron a George Floyd, y amanezcamos todos muertos en nuestras camas, y entonces cómo se van a enterar que los tres morimos asfixiados por una mata de ahuyama, por haber sembrado una simple semillita en el patio. Lucía se sugestionaba con los relatos de Santino, y me pregunta ¿Qué tal que suceda lo que dice Santino? Me ha pedido que le deje tapar bien las hendidias de las puertas y cerrar la ventana que va hacia el patio. En el patio también crecen cuatro campanos, es un árbol hermoso. Se le conoce como samán de América o árbol de lluvia.



Estas semillas las recogí en la zona de San Joaquín, donde vive el maestro decimero Alfredo Martelo, y las puse a germinar en un recipiente de barro rectangular. El más alto tiene unos 30 centímetros. De ellos me ha impactado su conducta. En la mañana estiran sus hojas y pequeñas ramas y forman ese gran follaje que anuncian desde muy pequeños, pero al llegar la tarde, se van recogiendo, y sus ramas se van pegando al tronco como cuando un ave repliega toda la extensión de sus alas al cuerpo. La imagen es la de un tallo cubierto de hojas, como si fuera una agujeta vestida con verdes escamas de sábalo.

La naturaleza necesita a veces cierta ayuda. El fruto del campano viene en una resistente concha marrón que trae en su interior las semillas. La corteza es dura, es una funda resistente donde están las semillas envueltas en una melaza dulzona. Las vacas y los caballos se

la comen, las mastican, trituran, eso es seguro, muchas semillas, algunas quedan intactas, esas son arrojadas, luego de una lenta digestión, en plastas de bosta que pueden germinar o no, en algún campo abierto. Ese azar es el que debemos intervenir. Por eso abro esas conchas repletas de semillas de campanos y los hago germinar en el patio de los nueve metros en recipientes de barro y luego los llevo y los regalo en las tierras de Karibona.

He soñado con tener los mismos palos que había en el patio de la casa de Barranquilla, en el patio de la casa de Cartagena. Están las cayenas, un naranjo en bonsái. La guayaba, que en este caso es agría, falta la guanábana, a la que el abuelo pedro le echaba el asiento del café y el coco. Cuando llegué a Cartagena conocí a Teresa, decía que ella vendía solo productos hechos con coco, cocada de coco con panela, cocada de coco con leche y azúcar blanca, cocada de coco con piña, trozos de coco hervidos en panela, bolitas

de coco rallado con miel de panela... y otros. Llegaba a casa todas las tardes de los sábados y los domingos, y me contaba las historias de su natal San Basilio de Palenque.

Confinamiento: 19 de mayo 2020

El titular anuncia que ha aumentado el consumo de *porno* en el confinamiento.

Stricto sensu, como decía el profesor Delgado, en clases de Derecho Penal, uno no alcanza a precisar a qué se refiere dicho asunto.

Se usa *porno* como prefijo, lo que provoca una variedad de posibilidades.

Se dice, por ejemplo, que estamos en medio de una *pornodemocracia*, a lo mejor pocos lo dudan, pero ¿se atreverían a discernir sobre lo que el prefijo *porno* expresa?

Se escucha hablar de *pornomiseria*, de *pornociencia*, de *pornoconducta* de *pornopolítica*...y otros tipos de porno.

Lato sensu, como decía también el profesor Gamboa, en la clase de Derecho Civil, se entendería que se habla de pornografía, y que el titular decidió usar su apócope, sencillamente para acortar la sentencia.

La palabra pornografía en su más antigua acepción estaba relacionada con toda imaginería, iconografía, representación, relato, narración que entregaba aspectos íntimos de la rechazada forma de vida de las prostitutas.

¿Qué habrá sido de las prostitutas, prepagos, scort vip, damas de compañía, scort tripe play, damas *corpo chic* en este confinamiento?

La indefinición parece ser una de las características del porno como prefijo, y todo aquello relacionado con pornografía.

¿Son prostitutas las que hacen pornografía?

Nuestro maestro en esos temas fue siempre Kunta Kinte. Él decía que no, que eran especialistas en

el arte de modelar sus cuerpos, en tres palabras: modelos de desnudos.

Revistas de desnudos, así era como llamábamos a las revistas Play Boy y Huslers que él entregaba con generosidad a los integrantes del salón.

La primera novela del escritor Pablo Montoya se titula *La sed del ojo*, es un vivo relato sobre la desnudez femenina, desvestir el cuerpo de la mujer y el arte de fotografiarlo. Hay una profunda conexión entre piel y ojo. La perturbación del deseo, la frustración de una imagen sobre el papel.

La historia de Pablo Montoya es una novela histórica, su especialidad. Recrea la vida del fotógrafo francés Auguste Belloc que retrata mujeres desnudas en el París de mediados del siglo XIX. El trabajo de Belloc considerado obsceno, contra toda buena moral, fue confiscado en un allanamiento realizado por las autoridades parisinas en octubre de 1860. La Policía alcanzó a contar más de cuatro mil fotografías, las cuales fueron decomisadas.

La Historia aquí deja una grieta que es por donde se desliza la imaginación del novelista. No está claro el destino de aquella gran cantidad de fotos. Hasta hoy, solo se conservan veinticinco. *La sed del ojo* indaga en aquellos instantes y las cercanas relaciones de un fotógrafo con sus modelos.

Un miércoles a medio día, el maestro Kunta Kinte invitó a Márquez y a mí a recoger una bolsa de revistas en los bajos de la Plaza de San José, en el Centro de la ciudad. Era un pequeño local que alquilaba historietas o comics, los llamábamos *paquitos*. También vendía, de forma muy discreta, revistas de desnudos y pornográficas. Nuestro maestro Kunta Kinte tenía muy clara las diferencias.

Cuando llegamos a la Plaza de San José, un señor mayor, de gafas oscuras, barbilla canosa, con anillo de una carabela brillante en el anular y una gorra roja que decía *Atlántico* en letras blancas, lo atendió con amabilidad, lo llamaba siempre pintor: "*Óigame, pintor, le tengo un cargamento yatedigo, pura calidad, como a usted le gusta, las niñas con buenas poses, como usted me ha dicho que*



se las busque. Siéntese aquí en este banquito, que las tengo encaletadas en otro lao, usted sabe que esa mercancía está escasa... ya vuelvo”.

Regresó con una bolsa mediana. *“Ahí hay veinte, pintor, puede contarlas si quiere, pero ese material es pura inspiración”.*

Tomamos la bolsa y nos fuimos enseguida para la casa del maestro Kunta Kinte, en el barrio El santuario, más allá de la Plaza de Toros. Llegamos y comenzamos a revisar cada ejemplar. Teníamos *sed en el ojo.*

Sacando las revistas, saltó un facsímil que tendría 14 por 20 centímetros. Una delgadez que no llegaba a los cuatro milímetros. No había portada, solo una hoja azul de papel esmaltado. Pasamos la página y aparecía un hombre corpulento con camisa manga larga y corbata, que entraba a una oficina. Adentró, una mujer con un moño alto, falda amarilla ajustada a sus caderas hasta las rodillas. Una blusa verde de cuello alto. No había texto por ninguna parte. Fotos grandes hasta los bordes de las páginas. En la siguiente hoja, la mujer estaba con los pechos descubiertos, se había soltado el moño. El hombre sin camisa. En otra, la mujer en un minúsculo bikini y el hombre sin nada. Venían cuatro páginas más y cerraba la revista con una hoja azul de papel esmaltado.

Las fotografías eran tan explícitas y los acercamientos tan nítidos, que las imágenes de Play Boy y Hustler eran tan tiernas como los trabajos del parisino Auguste Belloc.

Esa revista, sin título, sin presentación, sin letras, sin crédito calmaba toda la posible sed que cualquier ojo pudiera tener.

Dejamos a un lado las Play Boy y las Hustler. El maestro Kunta Kinta dijo que él no había encargado esa revista que el solo encargaba fotos de desnudos. Márquez dijo que si nos pillaban con esa revista en el colegio nos iban a expulsar, yo sugerí que le pusiéramos una portada para disimular su contenido.

En aquel entonces, habían distribuido en el colegio una cartilla para aprender a leer y escribir que se usaba como parte del programa nacional de alfabetización en las escuelas nocturnas. La cartilla coincidía en tamaño con la revista de la mujer con la falda amarilla y la blusa verde. Le quitamos la portada a una de las cartillas y se la colocamos a la revista.

La cartilla se llamaba La parcela, letras negras sobre fondo azul agua marina. Era el relato de una familia campesina que tenía una parcela, allí sembraba maíz y algunas hortalizas.

El maestro Kunta Kinte, la guardó en una mochila marrón que siempre llevaba al colegio.

La historia de esa revista con la portada de La parcela la contaré mañana.